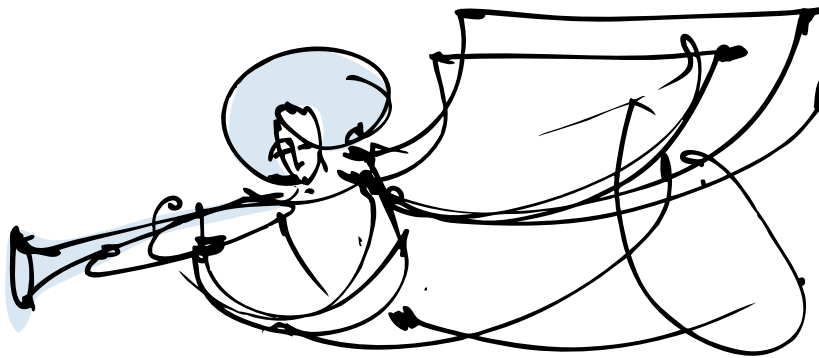


Perfiles y sensibilidades *de los políticos católicos en México*

Luis Eduardo Ibáñez Hernández



A partir del Concilio Vaticano II, las diversas manifestaciones sociales y políticas de los católicos mexicanos sufrieron importantes inflexiones. Desde el guerrillero rural hasta el promotor cívico político, las generaciones posconciliares ensayaron diversas formas de desdoblamiento social, contrastando con las formas de participación observadas décadas atrás. Tanto los logros como las limitaciones de algunas de estas maneras acaso prefiguran una faceta nueva enfocada a una paciente construcción de instituciones.

De 1929 a 1968¹ la Iglesia católica mexicana buscó asimilarse al nuevo modelo de Estado corporatista autoritario. Dividida en jerarquía y laicado, se movió entre zonas grises y oscuras de participación política y social, como una resultante del entorno difícil heredado por la Cristiada. Objeto de persecuciones de la nomenclatura revolucionaria y de prohibiciones por parte de la jerarquía, una parte

del laicado se fusionó lentamente con los sectores conservadores del PRI, otra se retiró a una testimonial oposición en el PAN y en grupos cívicos, y otra más se sumergió en organizaciones clandestinas a la espera de mejores días.²

El catolicismo popular revolucionario

Los católicos oficialistas que, a la postre, fueron el sector más numeroso, aceptaron un acuerdo tácito con el Gobierno posrevolucionario de no recurrir a la vía democrática ni armada de participación política. A partir de la nacionalización del petróleo en 1938 y durante el sexenio de Ávila Camacho, la jerarquía y los católicos decidieron colaborar en la formación del nuevo Estado mexicano. No quiere decir esto que católicos conspicuos asumieran puestos gubernamentales importantes, sino que la burocracia posrevolucionaria escuchaba demandas y toleraba iniciativas del clero, en algunos casos operadas por laicos.

¹ Para una división cronológica de las etapas de la historia de Iglesia en México en el siglo XX, consultar de Jeffrey Klaiber. *Iglesia, dictaduras y democracia en América Latina*. Pontificia Universidad Católica del Perú: Lima, 1997, página 403. Otros autores como María Luisa Aspe y Gabriela Contreras coinciden en señalar 1968 como una coyuntura crítica en la historia eclesial mexicana.

² Sobre una clasificación de las sensibilidades de los católicos hacia la política, ver de Daniel-Louis Seiler. « Bilan des partis démocrates chrétiens et conservateurs à l'aube du XXIe siècle » en Pascal Delwit (editor). *Démocraties chrétiennes et conservatismes en Europe. Une nouvelle convergence ?* Editions de l'Université de Bruxelles, 2003, p. 43. Igualmente en el texto de Roberto Blancarte. *Historia de las Iglesias Católica en México. 1929-1982*. FCE/El Colegio Mexiquense: México, 1992, p. 23.

Las formas en que esta vertiente mayoritaria se manifestó adquirió tonos discretos, *corporatistas estatales*,³ enfocada a la negociación entre obispos y altos funcionarios gubernamentales. En México la mayoría era tradicionalmente católica pero no concebía una vertiente social ni política de su fe. Este modo de entender el catolicismo relegó la vivencia religiosa a la práctica privada o familiar, así se entendió y se vivió principalmente la separación legal de la Iglesia y el Estado. El mexicano combinaba un nacionalismo revolucionario público con un catolicismo privado. Aunque las manifestaciones populares de fe (las peregrinaciones) escapaban a este modelo.

La democracia social cristiana

El sector cívico político que se había expresado fuertemente durante el gobierno de Lázaro Cárdenas⁴ dejó de crecer en los siguientes sexenios. Las luchas por la libertad y por los contenidos de la educación pública fueron más o menos administradas por la jerarquía y la alta burocracia, pero en general lograron disminuir las posibilidades de conformar movimientos sociales fuertes. Así, la década de los cuarentas vio surgir colegios de católicos de enseñanza media⁵ así como la Universidad Iberoamericana y a los Institutos Tecnológico de Monterrey y Autónomo de México. No obstante la enseñanza privada en esos años cincuentas llegaba apenas al 5% de la población, treinta años después era el 10%. Hoy es un sector en plena expansión.

En el ámbito del catolicismo social y asistencialista, tanto familias pudientes como clérigos, pudieron acordar con funcionarios públicos la creación silenciosa de obras e instituciones de beneficencia. Organizaciones como la Cruz Roja y el Montepío, se reprodujeron con diversos nombres por las principales ciudades de la república.⁶ Nunca promovidas por el gobierno, sin embargo se constituyeron en espa-

cio de intersección entre empresarios, clero y laicos comprometidos. Un caso distinto es el movimiento de las cajas de ahorro⁷ que a fines de los cuarentas cobró una fuerza importante, a pesar de que no contó tampoco con políticas públicas favorables sino hasta el sexenio de Luis Echeverría y, más tarde, de Vicente Fox.

En el espectro político partidista, el PAN que en las elecciones de 1940 y de 1946 había mostrado vitalidad y posibilidades de desarrollo, vio más tarde menguar su membresía a causa de la centralización de los procesos políticos por la Secretaría de Gobernación, así como de los esfuerzos de desmovilización de clases medias católicas que el gobierno desplegó. La posibilidad de abrir espacios al catolicismo social en el ámbito educativo y asistencial, limitó la radicalización del laicado y detuvo el proceso exitoso de agregación de intereses iniciado por el PAN en 1939. Igualmente, la invitación del presidente Alemán a las familias pudientes a invertir en el desarrollo nacional, alejó a este sector de la posibilidad de hacer frente común con católicos y clases medias contra el Gobierno.

El tipo de participación se desplegó con recursos escasos enfocados a la prédica de valores democráticos y del catolicismo social. La represión y el fraude electoral del gobierno a la oposición limitaron el crecimiento del PAN pero no su vocación testimonial. Tampoco la represión o negociación con grupos cívicos amedrentó la participación ni acabó con la existencia de manifestaciones ni de membresías. La reivindicación pública de asuntos éticos y el mantenimiento de lazos asociativos a través de eventos cívicos dio un estilo distinto a esta vertiente, frecuentemente sostenida por movimientos eclesiales y la asesoría de congregaciones religiosas, principalmente de jesuitas. Esta vertiente concebía la posibilidad de desarrollar una ética social cristiana, pacífica y gradual a partir y a pesar de las circunstancias adversas.

El integrismo nacional católico

En el caso de los grupos clandestinos,⁸ es de resaltar que su existencia partía de una necesidad

³ Sobre las definiciones de corporatismo estatal y societal o neo corporatismo, el texto de Schmitter. "¿Continúa el siglo del corporativismo?" en Schmitter y Lehmbruch. *Neocorporativismo 2 volúmenes. Más allá del estado y del mercado*. Alianza: México, 1992, p. 34.

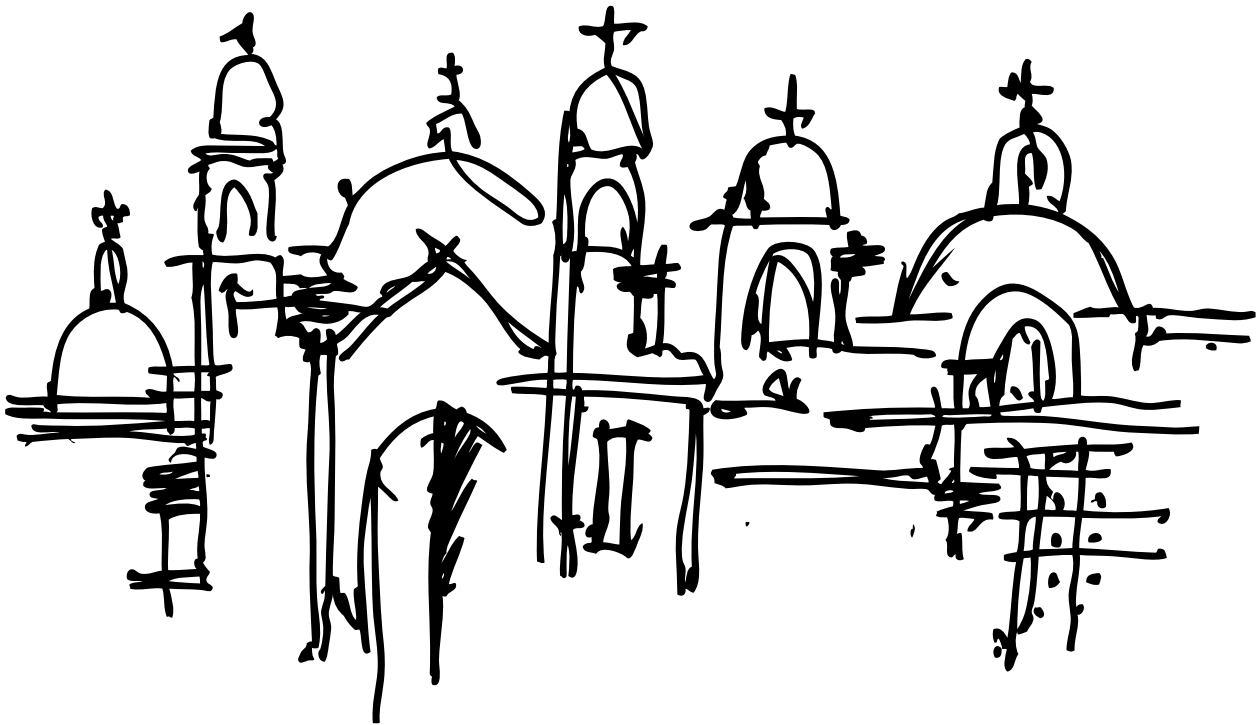
⁴ En relación a los conflictos de la clase media con el cardenismo, ver de Soledad Loaeza. *Clases medias y política en México. La querrela escolar, 1959-1963*. El Colegio de México, 1988, p. 65.

⁵ Sobre el desarrollo de las instituciones de educación privada, en este caso particularmente las católicas, el trabajo de Valentina Torres Septién. *La educación privada en México. 1903-1976*. El Colegio de México/Universidad Iberoamericana: México, 1997, p. 174.

⁶ Una historia de las instituciones de beneficencia y su desarrollo ante el estado mexicano en Gustavo Verduzco I. *Organizaciones no lucrativas: visión de su trayectoria en México*. El Colegio de México/Centro Mexicano para la Filantropía: México, 2003, p. 95.

⁷ Sobre el movimiento cooperativista y de cajas de ahorro popular, consultar las obras de Vidente Eguía Villaseñor, especialmente: *En manos del pueblo*. Jus: México, 1976.

⁸ Quizás la relación histórica más destacada desde el punto de vista académico sobre los grupos secretos católicos mexicanos en el siglo XX, en el artículo de Fernando M. González. "Integralismo, persecución y secreto en algunos grupos católicos en México en el siglo XX", en Alberto Aziz y Jorge Alonso. *Sociedad civil y diversidad*. III. CIESAS/Miguel Ángel Porrúa: México, 2003, p. 229.



real de discreción derivada de la persecución oficial contra los antiguos líderes cristeros de la llamada *segunda* cristiada en los años treinta. Exiliados unos, relocalizados otros, muchos más asumieron las sombras como forma de sobrevivencia.⁹ Inconformes con los arreglos entre la Iglesia y el Estado, y críticos acérrimos del catolicismo liberal, se dedicaron a cultivar el pensamiento integrista, basado en un catolicismo criollo y mestizo, soslayadamente racista ante la cultura autóctona. Abrigaron la posibilidad de replicar lo hecho en la España franquista o, más limitadamente, en la Argentina peronista, es decir de configurar un nuevo arreglo entre el trono y el altar de manera corporatista estatal, no democrática.

Las formas de participación reflejaban el auto exilio crítico del mundo posrevolucionario, a la vez que un tácito apoyo al gobierno en la medida que éste contenía la influencia de las fuerzas socialistas y permitía el culto católico. Sin embargo, algunas de estas organizaciones operaban intermitentemente vía otras asociaciones públicas. Fuertemente im-

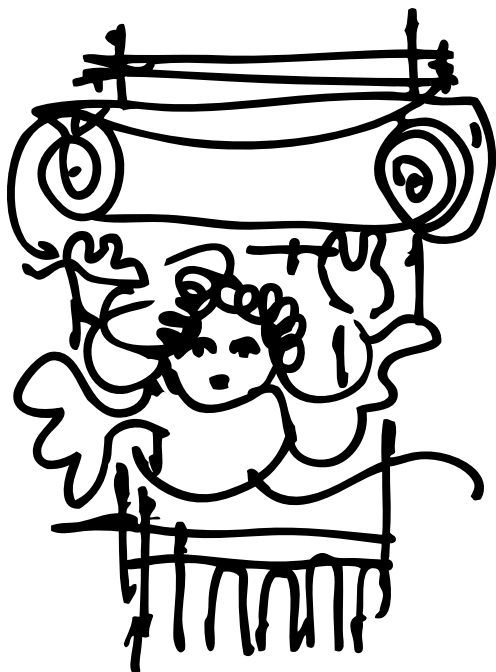
buidas de retórica romántica (el tiempo pasado fue mejor), eran apoyados por clérigos aunque nunca de manera expresa u oficial.

Por otra parte, las organizaciones izquierdistas de origen católico, se constituyeron en un *integrismo internacional revolucionario*. Aparecieron únicamente hasta la década de los sesenta y tuvieron su apogeo en la de los setenta¹⁰ a partir del éxito de la revolución cubana y del desarrollo de corrientes internacionales denominadas “cristianos por el socialismo”. La utopía de los integristas nacional-católicos fue suplida por la del comunismo primitivo.

Los integristas nunca se enfocaron a la creación de sociedades intermedias o instituciones cristianas en el mundo secular, sino a la constitución de comunidades elitistas dotadas de estrategias para el golpe de Estado. La asunción de estrategias paramilitares y guerrilleras los llevó naturalmente a desplegar formas clandestinas. Inspiradas en sacerdotes margi-

⁹ Para una clasificación de las razones de la vivencia del secreto colectivo en Claude Giraud. *Du secret. Contribution à une sociologie de l'autorité et de l'engagement*. L'Harmattan : Paris, 2005.

¹⁰ Una novela biográfica sobre la vinculación de grupos católicos con la guerrilla urbana clandestina e izquierdista en México en Gustavo Hiraes. *Memoria de la guerra de los justos*. Cal y Arena: México, 1996. Además, la investigación a partir de archivos desclasificados de la extinta Dirección Federal de Seguridad de la Secretaría de Gobernación, en Jorge Fernández Menéndez. *Nadie supo nada. La verdadera historia del asesinato de Eugenio Garza Sada*. Grijalbo: México, 2006, p. 50.



nales, ambas ramas secretas pronto se desligaron de ellos. Este hecho limitó la capacidad del clero de controlar sus periferias permitiendo radicalismos y manifestaciones inéditas. Confrontadas contra el Gobierno y entre ellas mismas, buscaron el acceso al poder por vías violentas. Además, en 1970 Luis Echeverría abandonó el oficio de mediación corporatista estatal, fomentando el desconcierto de los principales actores y la quiebra de un modelo de negociación política vigente por treinta años.

Democratización del régimen y del Estado mexicano

A partir de 1977 con un nuevo marco legal electoral y de 1979 con la visita de Juan Pablo II a México, se inició el fin del arreglo corporatista. Ambos hechos detonaron fuertemente la participación cívica política. Los integristas y clandestinos fueron poco a poco creando organizaciones públicas y asumiendo posiciones partidistas. El *ethos* democrático obligó al abandono de las formas militares violentas, así como a la crítica del modelo de negociación corporatista estatal. La vertiente demócrata social cristiana se fue fortaleciendo a partir de la crisis económica de 1982 y del terremoto de 1985, hechos que motivaron la creación inédita de asociaciones

independientes de y tecnologías novedosas de participación que fortalecieron a partidos opositores.

Algunas organizaciones modificaron esquemas elitistas de toma de decisiones hacia procesos más democráticos (el caso de Coparmex hacia 1997). Las asociaciones cívicas motivaron al gobierno a la formación de entidades públicas no gubernamentales (como el IFE en 1996) y a la asunción de procedimientos participativos. Muchos líderes reenfocaron su rol hacia el campo político partidista, notablemente al PAN. Con la primera Legislatura Federal independiente del Ejecutivo en 1997, se instaló el largo camino de negociación neo corporatista, es decir de discusión pública y democrática de intereses legítimos.

Por otra parte, ante el adelgazamiento del Gobierno, derivado de la quiebra de las finanzas estatales, así como de la aplicación de nuevas políticas públicas, los movimientos sociales y los organismos intermedios iniciaron una compleja tarea de creación de tejido y capital social, tarea en la que las antiguas fuerzas católicas encontraron oportunidades.

Conclusión

Sin establecer una estricta aseveración, podemos presumir que la vertiente católica nacional popular se mantuvo y quizás encontró mejores escenarios de expresión, principalmente a través del PRI. Mientras que el sector demócrata social cristiano se fortaleció grandemente con la trasiego de liderazgos de la vertiente integrista, hacia el PAN y el PRD, y también hacia ensayos novedosos de desarrollo de la sociedad civil, acaso como ha sido el caso en países católicos del sur europeo.¹¹

Siendo el corporatismo estatal y la democracia social las principales corrientes y formas de creación de Estado (Sociedad Civil y Gobierno), cabe pensar al futuro en una inédita construcción de un neo corporatismo democrático en México que combine dos culturas fuertemente imbricadas en la vida cotidiana del político católico, vigentes desde hace ya casi un siglo. **B**

¹¹ Una descripción del paso de movimientos eclesiales informales a institucionales a partir del Concilio Vaticano II, así como de su regulación por el Pontificio Consejo para Laicos, en la obra de Fidel González. *Los movimientos en la historia de la Iglesia*. Encuentro: Madrid, 1999. Adicionalmente el ejemplo de la historia del movimiento Comunión y Liberación 3 tomos, publicado por Encuentro: Madrid, 2004, del autor Massimo Camisasca.